

# MIRET MAGDALENA

**EL DRAMA AFRICANO** Una violenta tormenta simbolizó, en el aeropuerto romano de Fiumicino, el drama con el que iba a enfrentarse Pablo VI en África negra, esa África casi única esperanza de la Iglesia.

Los elementos naturales fueron signo de ese complicado tercer mundo que quiere despegar de sus atavismos y de su infradesarrollo, en medio de luchas y tanteos, para conseguir una vida digna de seres humanos.

Al fin y al cabo no pretende África, sino lo que ha sido **leit-motiv** del Concilio Vaticano II y de la **Populorum Progressio**: el desarrollo integral de la Humanidad, nuevo —y único— nombre de la paz, sin él, nada verdaderamente humano es posible. Porque sólo existirá o el engañoso orden sin justicia para todos, o la lucha desencadenada de violencia física o moral. En una palabra: el aplastamiento, o la guerra.

Pablo VI se ha aficionado a los viajes, cuando estábamos acostumbrados, tras siglos de enclaustramiento en sus más o menos extensos estados pontificios, a la inercia física de los Papas; ahora, esa inercia cambia de signo y ese impulso viajero dado por Montini prevemos que será la nueva actitud de los Pontífices del futuro. La era de la comunicación humana entra también —aunque sea con demasiada parsimonia— en los rígidos y desfasados cuadros jurídicos de la Iglesia.

El Papa dijo hace ya cinco años en su encíclica **Ecclesiam Suam**, la encíclica del diálogo y de la comunicación humana interpersonal, que éste es el único camino de solución futura de los problemas de los hombres. Dialogante y respetuoso con las diferencias de opiniones, costumbres y tradiciones de ese continente que quiere renovarse, el Pontífice se ha dirigido ahora a África.

Sin duda, dos son los motivos principales que ha tenido para desplazarse al cristiano país de Uganda: el fomento de la paz y la aceptación de las características peculiares que debe tener el catolicismo africano, respetando la especial idiosincrasia del continente.

El Papa quiere la paz, concretamente entre Biafra y Nigeria, porque le remuerde la conciencia y no quiere lavarse las manos, como Nixon o U Thant, de que en los últimos dieciocho meses hayan fallecido un millón y medio de biafrenos de hambre por causa de la guerra, y dentro de poco se amplíe, según datos previsibles, en otros dos millones. Pablo VI interviene —quijotesca, pero noblemente—, como hizo Alejandro VI a finales del siglo XV entre España y Portugal, para evitar la guerra que se avecinaba entre estos dos países por sus colonias; o como León XIII lo hizo, entre Alemania y España, en el siglo XIX por el litigio acerca de las islas Carolinas. Interviene en nombre de la paz entre los hombres y no por ninguna autoridad de dominio.

Además, mirando las cosas de tejas abajo, África es el continente donde el desarrollo del cristianismo —y en especial del catolicismo— ha sido más espectacular. Y donde hay más posibilidades para la Iglesia, si sabe comprender el momento y hacer honor a sus principios de universalismo pluralista; porque, en el resto del mundo, el alejamiento de ella es cada vez más evidente.

En Asia, desgraciadamente, la incompreensión que la Curia romana tuvo durante siglos por la cultura, mentalidad y costumbres de los diferentes pueblos que la componen, hizo que perdiera toda posibilidad de introducir allí a fondo el cristianismo. No hay más que recordar la lucha que durante varios siglos hubo porque en Roma no querían acep-

tar las tradiciones familiares chinas en el culto religioso, y ahora —cuando ya no tiene remedio y la Iglesia china se halla prácticamente separada de Roma— han pasado por el aro los burócratas vaticanos y han aceptado lo que nunca debieron rechazar.

En África las cosas han pasado de muy distinta manera. Hace menos de un siglo —coincidiendo con los mártires católicos y anglicanos de Uganda, en 1888—, el catolicismo empezó a expansionarse gracias a las respetuosa actitud, sobre todo de los Padres Blancos —los misioneros más modernos de África—, que no intentaron jamás el proselitismo desleal y respetaron totalmente la cultura africana —cosa que no hicieron todos los misioneros—, lo que ha producido sus frutos de atracción, pues cada año aumentan los católicos en más de un millón, y para el año 2000 se prevén ciento doce millones de católicos. Hoy, una buena parte del clero es autóctono y, prácticamente, los africanos —y no los europeos— son ya los misioneros de sí mismos.

África tiene hoy treinta millones de católicos, cuando hace siglo y medio había sólo cincuenta mil. Uganda, con ocho millones de habitantes, tiene tres millones de seguidores de la Iglesia católica-romana (la proporción más fuerte quitando el Congo).

A los ciento treinta y seis obispos negros —doce de ellos consagrados por el Papa en su viaje— les encargó Pablo VI algo que debe ser bien meditado —y sinceramente seguido— por todos los dirigentes de la Iglesia en cualquier país: «Debéis prestar vuestro servicio para ayudar a la construcción de la sociedad civil, pero libres de compromisos políticos y de intereses personales».

Dar este paso hacia un mundo plenamente desarrollado y realmente libre debe ser fomentado y no frenado por los obispos de todo el mundo y no sólo por los de África.

Como también debe —sigue Pablo VI— promover la jerarquía eclesial una intensa y rápida renovación y modernización de sus comunidades locales, respetando —no las supersticiones y rémoras rutinarias del pueblo—, sino la especial psicología y costumbres que va adquiriendo y que nada tienen que ver —por ejemplo— con esa mitología humano-religiosa que, en España y en otros países de tradición católica, llamamos muchas veces religión. En una palabra, si en África hay una cultura africana, es legítimo desarrollarla; pero si en Europa se abre camino una nueva cultura, la del año 2000, no podemos pretender quedarnos en lo religioso con una cultura del siglo XIII.

Surge en el mundo actual el pluralismo de culturas, y de ello las diferentes maneras legítimas de entender la religión, y esto —como dice el Papa— es «deseable».

Y si la Iglesia-Jerarquía «no se mezcla en el gobierno de la ciudad terrena», no puede por eso desligarse del grave cometido que señala el Papa a los obispos africanos: «Debe educar al pueblo en formas nuevas de organización civil». Lo nuevo no debe asustarnos. Es más: resulta necesario aplicarlo a la marcha de los pueblos, porque la complejidad de nuestro mundo pide nuevas formas de vida social, nuevas relaciones de producción humana y de trabajo; en una palabra, pide una socialización humana, como solicitaron monseñor Riobé y monseñor Tchidimbo —dos obispos negros— durante el Concilio.

Por eso mismo, si el Papa ha dicho en África que la Iglesia «reivindica sólo una autoridad: la de servir a los hombres», que esto sea verdad en todos los continentes y culturas, sean cuales sean las consecuencias y cambios que esto exija de nuestra manera, cómoda o rutinaria, de vivir egoístamente la sociedad o la Iglesia.